

*Irrupción de Cleómenes por los campos de Argos. – Número de tropas de Antígono y Cleómenes. – Notable disposición de los respectivos campamentos.*

Una vez hubo sido tomada Megalópolis, mientras que Antígono tenía sus cuarteles de invierno en Argos, Cleómenes reunió las tropas al iniciarse la primavera, y exhortadas según lo exigía el caso, sacó su ejército y entró por el país de los argivos. Este paso pareció temerario y arriesgado al vulgo, por lo bien defendidas que se encontraban las vías de la provincia, pero seguro y prudente a las gentes sensatas. A la vista de haber Antígono licenciado sus tropas, estaba seguro de que en primer lugar realizaría aquella invasión sin riesgo; y en segundo, cuando hubiese asolado la campiña hasta los muros, los argivos, a cuya vista se haría este estrago, se indignarían inevitablemente y se quejarían de Antígono. En este caso, si por no poder sufrir la insolencia de la tropa, hacía Antígono una salida y arriesgaba un trance con la gente que entonces tenía, se prometía con sobrado fundamento que le resultaría fácil la victoria; si, por el contrario, persistía en su resolución y apetecía el reposo, creía que aterrados los enemigos y alentados sus soldados podría retirarse a su patria sin peligro. Efectivamente, todo ocurrió como lo había pensado. Arrasada la campiña, empezó la tropa en corrillos a murmurar de Antígono; mas éste, como buen rey y prudente soldado, prefirió el sosiego, rehusando emprender cosa de que no le constase el buen éxito. Con esto, Cleómenes, según su primer designio, taló la campiña, amedrentó a los contrarios, inspiró aliento a sus tropas contra el peligro que las amenazaba y se tornó a su patria impunemente.

Luego que llegó el verano, se unieron los macedonios y aqueos de regreso de sus cuarteles de invierno, y Antígono al frente del ejército se dirigió con los aliados hacia Laconia. Llevaba consigo diez mil macedonios de que constaba la falange, tres mil rodeleros, trescientos caballos, mil agrianos y otros tantos galos. El total de extranjeros ascendió a tres mil infantes y trescientos caballos; de los aqueos tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, todos escogidos; de los megalopolitanos, mil al mando de Cércidas Megalopolitano, armados a la manera de Macedonia. Los aliados eran dos mil infantes boyos y doscientos caballos; mil infantes epirotas y cincuenta caballos; otros tantos acarnanios y mil seiscientos ilirios al mando de Demetrio de Faros. De forma que todo el ejército se componía de veintiocho mil infantes y mil doscientos caballos.

Cleómenes, que aguardaba esta irrupción, había fortificado todas las otras vías

de la provincia con presidios, fosos y cortaduras de árboles. Él había acampado junto a Selasia con un ejército de veinte mil hombres, conjeturando con fundamento de que por allí entrarían los contrarios, como sucedió efectivamente. Dos montañas forman este desfiladero, la una llamada Evas, y la otra Olimpo. Entre ellas pasa el camino que va a Esparta, junto al río Enunte. Cleómenes había extendido una línea con foso y trinchera por delante de estas montañas. Apostó sobre el monte Evas a los aliados, al mando de su hermano Euclides, y él, con los lacedemonios y extranjeros, ocupaba el monte Olimpo. La caballería, con una parte de extranjeros, la tenía acampada en unas llanuras a orillas del río, sobre uno y otro lado del camino.

Así que llegó Antígono advirtió que los puestos estaban bien defendidos; que Cleómenes, habiendo distribuido a cada trozo del ejército el lugar conveniente, había tomado con tanta habilidad los ventajosos que toda la disposición de su campo se asemejaba a un cuerpo de bravos campeones en acción de acometer; que nada había omitido de cuanto previene el arte para el ataque y la defensa, antes bien era igualmente eficaz su formación, y seguro de un insulto su campamento. Todo esto le hizo desistir de tentar al enemigo de repente y venir a las manos por de pronto. Sentó su campo a corta distancia y se cubrió con el río Górgilo. Allí se detuvo algunos días, ya para reconocer la naturaleza del terreno y diversidad de las tropas enemigas, ya para aparentar al mismo tiempo ciertos movimientos que pusiesen en expectación para adelante el ánimo de los contrarios. Pero no encontrando puesto alguno indefenso ni desguarnecido, por acudir Cleómenes rápidamente a todas partes, mudó de resolución. Finalmente, ambos unánimes estuvieron de acuerdo en que una batalla decidiese el asunto: tan esforzados e iguales eran estos dos capitanes que entonces la fortuna había reunido.

Antígono opuso contra los que defendían el monte Evas los macedonios, armados de escudos de bronce, y los ilirios formados por cohortes alternativamente. El mando de éstos lo confió a Alejandro, hijo de Admeto, y a Demetrio de Faros. Detrás puso a los acarnanios y cretenses, y a sus espaldas estaban dos mil aqueos, que hacían veces de cuerpo de reserva. La caballería a las órdenes de Alejandro la formó alrededor del río Enunte al frente de la enemiga, mandando cubrir sus costados con mil infantes aqueos y otros tantos megalopolitanos. Él con los extranjeros y macedonios decidió atacar el monte Olimpo, donde se hallaba Cleómenes. Situó en la primera línea a los extranjeros, y en la segunda la falange macedonia, dividida en dos trozos, uno tras otro, obligándole a esta formación la estrechez del terreno. La señal dada a los ilirios para comenzar el combate (es de suponer que éstos, pasado el río Górgilo por la noche, se habían apostado al pie del monte Evas) era un lienzo levantado en las inmediaciones del monte Olimpo, y la que se dio a los megalopolitanos y a la caballería fue una cota de color de púrpura, enarbolada junto al rey.